LOS CRONISTAS DE «LA VANGUARDIA» EN EL EXTRANJERO

EN NUEVA YORK

LA SEQUIA Y EL PLAN MARSHALL

Nueva York, 26, 10 noche. (Especial para LA VANGUARDIA.) — Chicharras y grillos están trabajando este verano horas extraordinarias. Eso quiere decir que hace calor, mucho calor, y que el estío se prolonga o parece que se prolonga por falta de lluvias. Aunque Nueva York no es precisamente un centro agrícola, la música de madera de las chicharras se oye así hasta en las calles céntricas, música radiada desde los árboles, que crecen como pueden en la alfombra del cemento urbano. Bajo mi ventana se ha escondido un grillo, que se pasa las noches soñando en voz alta con tomates..., tomates naturales, supongo — gordos, lustrosos, jugosos —, porque aquí, donde al tomate se le ve casi siempre en latas y frascos, mi chico puso al grillo una miga de pan mojada en salsa de tomate, y el grillo la despreció, insistiendo cada noche, más y más irritado, en su delirio vociferante.

Chicharra y grillo, para la imaginación campesina, son un poco sinónimos de sequía. Este año es más que un poco, ya que la sequía llega hasta Nueva York, y da grima ver los prados de sus parques, siempre tan bien cuidados y verdes, como si los regaran con agua de colonia, mustios y amarillentos ahora. Los periódicos de hoy imprimen a toda página que los Estados Unidos se siguen asando, aunque es posible que esta noche llegue algún frío del Canadá. Desde luego, el campo, todo el campo yanqui, está peor, y eso es más grave, ya que la sequía va destruyendo una parte vitalísima de algunas cosechas, especialmente la de maíz. Se calcula que la sequía carbonizó ya sobre el terreno unos doscientos cuarenta millones de bushels de maíz. El bushel, unidad de medida yanqui para áridos, contiene treinta y cinco litros; de forma que una simple multiplicación cifrará rápidamente el tremendo volumen de ese semidesastre. Causa y efecto, el maíz, que de maduro tiene color de oro, está alcanzando ahora precio de oro también y se cotiza a la misma tarifa que el trigo — dos dólares cincuenta y dos centavos el bushel —, precio altísimo en este país abrumadoramente cerealista y precio el más alto que se ha conocido aquí desde hace un siglo, a través de otras sequías, revoluciones y guerras. Aunque se habla de importar de la Argentina maíz y avena para alimento del ganado, Norteamérica, con su cosecha de trigo, que fué excelente, y la de maíz más o menos mermada, cubrirá sus necesidades; pero el pan de Europa, que depende en mucha parte de lo que hoy rindan o no los campos yanquis y canadienses, ha de sufrir durante los meses venideros molestias tangibles y sensibles reducciones. La sequía ha apretado también de duro por casi toda Europa, y se prevé aquí un invierno de hambre o semihambre en varias naciones del viejo continente.

El hambre no es sólo una calamidad fisiológica, sino un factor político inquietante, cuyos posibles arrasadores efectos en los meses que se avecinan sopesan meticulosamente los estadistas de Wáshington. Una quiebra económica y alimenticia en Europa sólo puede favorecer a los proyectos rusocomunistas de expansión, y los Estados Unidos tienden ahora, por casi todos los medios, a impedir semejante expansión. Así se trabaja de firme para poner en franquía el llamado plan Marshall de auxilio a Europa, aunque en orden a cómo y a quiénes se han de distribuir sus beneficios hay grandes polémicas de fondo en Wáshington. Los sectores industriales y comerciales norteamericanos se resisten a que el dinero y las materias primas yanquis costeen nuevos experimentos socialistas o socializantes en Europa, y portavoz de tal hostilidad son estas declaraciones que hizo ayer el poderoso fabricante de automóviles Josseph W. Frazer a su regreso de Europa. Míster Frazer, pisando el acelerador de su sinceridad, dijo: «Es chocante, visitando algunas naciones de Europa, ver en sus calles banderas con la hoz y el martillo de los comunistas. Nosotros en América debemos tener mucho cuidado en no dar más dinero a países regidos por esos Gobiernos laboristas que dirigen utópicos soñadores. Y en esta categoría incluyo a Inglaterra.»

Indudablemente, el plan Marshall para Europa fué formulado con un espíritu generoso de auxilio continental sin distinción de nacionalidades; pero la política, en función de sus oportunismos, fué e irá seleccionando y rechazando candidatos. El corto bloque de países europeos nuestros, es decir, los países que no participaron en la última guerra y que se muestran hartos de virus marxista, preocupan e interesan mucho a los norteamericanos, como contrapeso de sensatez a la locura ideológica qué fustiga en Europa y como baluarte a posibles futuros desmanes del rojo imperialismo soviético. De estos países europeos incontaminados de marxismo están viniendo ahora a los Estados Unidos agentes de calidad en lo económico, que establecen nexos constructivos con sus colegas yanquis de idénticas actividades. Estas visitas suelen ser oficiosas más que oficiales, y de momento sin otra aparente efectividad que un sondeo mutuo. Los norteamericanos acogen muy bien a tales emisarios de la buena voluntad europea. Así el viernes próximo llegará de Madrid en avión don José María Navascués, alto funcionario del Ministerio español de Industria y Comercio.

Mala es la terrible sequía de 1947, con su doble carácter económico e ideológico, de amenaza al pan y de amenaza a la paz, pero dentro de sus males ofrece algunas compensaciones, ya que sirve como estímulo o espolazo a la legítima preocupación norteamericana de restablecer en el mundo una necesaria Europa, completa o mermada, grande o chica, pero segura, habitable y confiable. — Francisco LUCIENTES.

EN BUENOS AIRES

Solidez y flexibilidad de la posición argentina en Río

Buenos Aires, 26, 6 tarde. (Crónica radiotelegráfica de nuestro corresponsal.) — Se recuerda que en la última reunión panamericana los más difíciles acuerdos fueron alcanzados después de ciertas visitas nocturnas que, al margen de todo protocolo y en zapatillas, solía hacer Cordell Hull a las habitaciones de los delegados en el Gran Hotel donde se alojaban. El fué, pues, quien implantó la costumbre, seguida ahora por el general Marshall, de cambiar impresiones privadas con los delegados de las principales naciones, pues dígase lo que se quiera, a pesar del espíritu democrático de la Conferencia, las hay principales y las hay segundonas. De estos cambios de impresiones surge la conciliación de los puntos de vista más dispares.

A la altura en que se encuentran ya las negociaciones y surgido el principal diálogo, según habíamos previsto, entre los Estados Unidos y la Argentina, puede decirse que la tónica de la actual Conferencia es la de las transacciones. Los Estados Unidos presentaron un programa aparentemente rígido; la Argentina le contrapuso otro con la misma apariencia, aunque anunciando siempre su Delegación que acataría el espíritu de mayoría, como dando margen para que se iniciara el tanteo. Finalmente, se termina por una fórmula transaccional como la obtenida para el régimen de votaciones y la que ahora se acuerda para la diferencia de sanciones, según se trate de un agresor extra o intercontinental.

En cuanto al régimen de votaciones, la Argentina se apeó de su primitivo programa de exigir unanimidad para los acuerdos. Después de mantener su posición bastante tesoneramente, transige, finalmente, con los dos tercios para todas las sanciones, menos las militares, para las cuales se requerirá la unanimidad. De esta forma salva la Argentina, si no la libertad de neutralidad, que queda muy comprometida, con el solo requisito de los dos tercios para las sanciones económicas o la ruptura de las relaciones, salva, en cambio, repetimos, la libertad de declarar la guerra, ya que ningún Estado podrá ser impelido a ella si no es con su voluntad, a tanto equivale lo acordado para las sanciones militares.

Ahora, con la distinción entre agresor continental o extracontinental, se llegó igualmente a una fórmula intermedia. La Argentina quería que solamente se tuviesen en cuenta las agresiones de los países de fuera del hemisferio — en Chapultepec nada se distinguía —, pero aunque a sus tesis se habían sumado otros países, no se sintió con fuerzas — o quiere reservarlas para mejor ocasión — para sacar íntegramente su propuesta, y así cedió también algo, llegándose al acuerdo de que, si bien en las agresiones de origen extracontinental la defensa será automática y colectiva, en caso de agresión de un país americano será requisito previo el período de consultas para tomar una decisión antes de actuar.

En el palacio de la Plaza de San Martín no se ocultaba la satisfacción por lo hasta ahora conseguido. Sin embargo, en ciertos sectores nacionalistas, aun los más moderados, se esperaba que la Argentina llevara un poco más adelante su posición sin ceder tanto terreno. Se espera aún, sin embargo, que antes de terminar la reunión de Río tenga ocasión la Argentina de intervenir activamente en otros puntos que quedan por tratar, aunque sobre los más interesantes ha recaído ya acuerdo.

Desde luego, causa impresión en los medios internacionales la lujosa exposición de antecedentes jurídicos en que la Delegación argentina hace descansar todas las propuestas. No se trataba de hacer oposición sistemática. Los más tradicionales principios de la doctrina interamericana son los antecedentes en que basa sus puntos de vista. Algunas Delegaciones quedaron deslumbradas por la preparación técnica y profesional de que hicieron gala los delegados argentinos en esta su primera salida a Río, después de un sojuzgamiento tan injusto como irritante para su país, que se está ganando el respeto y la consideración de todo el Continente, donde algunos pequeños países clamaron antaño con tanto insolvencia como pasión por las sanciones y las exclusiones contra la República del Plata.

Queda ahora por concretar lo relativo a la próxima Conferencia económica, que forzosamente tiene que convocarse con una urgencia que casi todos encarecen. Todo lo que en el terreno político, doctrinario o jurídico se decida en América será vano si no se respalda por acuerdos económicos. Los Estados Unidos se harán los remolones porque a ellos les corresponde la mayor carga, y sólo a ellos señala el clamor general, tanto del Nuevo como del Viejo Mundo, que pide dólares, dólares y más dólares. Pero también el problema ofrece sus dificultades en este hemisferio, pues si los pequeños países están ansiosos de tomar empréstitos, no así otros, como la Argentina, cuyo rescate de la deuda exterior es sin duda una de las partes más brillantemente conseguidas en el programa de la rehabilitación nacional que acomete Perón. — Oriol DE MONTSANT.

EN GINEBRA

EL COMERCIO HISPANOFRANCÉS

Ginebra, 24. (Crónica por correo aéreo de nuestro enviado especial.) — Seguramente ha llegado el momento de establecer el balance de las pérdidas que ha ocasionado a Francia dieciséis meses de cierre de la frontera de los Pirineos. En la Prensa suiza se lee estos días mucha literatura sobre la cuestión. Se citan muchos datos y se formula un juicio unánime: lo absurdo de una decisión cuyo mantenimiento perjudica los intereses materiales de Francia.

En «Basler Nachrichten», periódico de gran importancia en cuestiones económicas a causa de sus relaciones con la poderosa industria química suiza, pasa revista en un interesante artículo a la anunciada modificación de la política de París con respecto a Madrid. Según el comentarista, estos dieciséis meses de cierre de la frontera pirenaica representan para Francia, es decir, para el Estado y la economía nacional, una pérdida de millares de millones de francos. Por tratarse de Estados vecinos, las relaciones comerciales eran muy activas y antes de 1939 el balance anual daba regularmente un saldo favorable para Francia. A cambio de ciertas materias primas y de productos manufacturados, recibían los franceses de España tres cosas muy apetecidas: piritas, vino y naranjas. La falta de las piritas españolas ha venido a aumentar las grandes dificultades con que tropieza la gran industria metalúrgica francesa. Los vinos españoles se necesitan para realizar las mezclas espirituosas que reclaman los mercados internacionales. Finalmente, durante los dos años últimos puede decirse que los franceses no han visto una naranja.

Los suizos se interesan particularmente por la cuestión del tránsito ferroviario a través de Francia. El intercambio entre España y Suiza se efectuaba normalmente por Francia, y se fija en cien mil francos diarios la suma que ingresaba sólo la Aduana francesa por dejar efectuar este tránsito. A las cantidades que abonaban los suizos, hay que añadir las que pagaban los belgas y los holandeses por el mismo concepto. Millones de francos en divisas ha costado al Tesoro francés el cierre de la frontera pirenaica al interrumpir por completo el movimiento de tránsito. Marsella ha perdido un gran cliente, que ahora utiliza el puerto de Génova, mientras los puertos de Amberes y Rotterdam han realizado unos pingües beneficios que no hubieran podido soñar si no se hubieran cerrado los Pirineos.

Y esto no es todo. Otros países con sentido realista de la política internacional, o sea aquellos en que se delimita perfectamente lo que es economía nacional de lo que debe considerarse meramente propaganda, se han aprovechado de la ausencia voluntaria de Francia en el mercado español para conquistar unas posiciones que tradicionalmente dominaban los importadores y exportadores franceses.

Es difícil defender hoy el mantenimiento del cierre de la frontera pirenaica ante la opinión francesa. Los propios comunistas, a cuya iniciativa se debió la absurda decisión del Gobierno de París, no saben hoy cómo defender el viejo punto de vista, ya que está demostrado — lo escribe textualmente «Basler Nachrichten» — «que con su política no responde de ninguna manera a los verdaderos intereses económicos de Francia».

Todo parece indicar que París modificará su política exterior. Este año más de 25.000 franceses del Africa del Norte no se han podido trasladar a Francia a causa de la actitud absurda de las autoridades francesas, que no permitían el paso de los ciudadanos franceses que llegaban hasta la misma frontera de los Pirineos.

Pero con una modificación de su política no lograrán los franceses restablecer el antiguo estado de cosas tan favorable para los intereses económicos de Francia. Dejemos que «Basler Nachrichten», con su sentido de la realidad y de la misma neutralidad, exprese su opinión: «Aun en el caso de cambio de actitud por parte francesa, transcurrirán algunos años para que con el régimen actual de divisas y precios elevados pueda la exportación de la industria francesa, en difícil situación, recuperar una parte del comercio que cubren actualmente los angloamericanos, los países latinoamericanos y los neutrales en la zona comercial española. Una vez más se demuestra la necesidad por parte de la política exterior francesa de ajustarse a las realidades económicas, y en el caso de España hay que desearlo no sólo para las relaciones futuras entre los dos países, sino también porque significará un síntoma interesante por lo que respecta a las relaciones futuras entre Francia y la economía alemana.» — Ramón GARRIGA.

EN PARIS

Intensa campaña para la reapertura de la frontera

París, 24. (Crónica, remitida a Londres por correo aéreo y retransmitida por radio, de nuestro enviado especial.) — Gran parte de la Prensa moderada francesa — tanto diarios como revistas — inició hace días una campaña contra el cierre de la frontera francoespañola. Los argumentos que esgrime son de orden económico. Francia ha perdido cien mil millones de francos como consecuencia de su extravagante iniciativa. Por poco que valga el franco, la cantidad es considerable. Pero sería el triple y no podría considerarse como la pérdida más importante en el déficit de la operación.

Yo estaba en Hendaya el día que se cerró la frontera. Recuerdo las escenas lamentables a que dió lugar en un pueblo donde rara es la familia que no tiene miembros e intereses al otro lado del puente internacional. Vi a una pobre viejecita francesa seguir con los ojos llenos de lágrimas a los hijos, de nacionalidad española, que regresaban precipitadamente a Irún, mientras a ella se le cerraba el paso. Una modista parisiense, instalada en Madrid, que volvía a España con las maletas llenas de modelos de la Rue de la Paix, dijo de los Sindicatos franceses y del presidente Goin cosas que no son para escritas. Solamente un pobre gendarme francés se había creído en la obligación de defender, como representante de la autoridad, la política gubernamental. «No se exciten ustedes — repetía a los viajeros que trataban vanamente de pasar —. Es cuestión de quince días. Antes de dos semanas esa bandera que ven ustedes al otro lado del puente tendrá un color más. Será una bandera republicana.» Le dejábamos decir, mientras contemplábamos la tierra de España, que la luz de un atardecer invernal acariciaba amorosamente. Era un funcionario que cumplía con su deber. Y nada más. Pero yo pensaba si allá en París, en los pasillos de la Cámara de Diputados y en el Ministerio de Asuntos Exteriores, se podían oír palabras parecidas.

Sabía que antiguos miembros de las Brigadas Internacionales, nostálgicos del cielo levantino y de botín, se las prometían felices en un desquite sin riesgo, y soñaban con una segunda vuelta, cómoda y reposada, sin ejército adversario que les pisara los talones. Y esto era lo que me llenaba de sorpresa y me producía estupefacción. ¿Cómo personas situadas en puestos donde se recibe información directa podían cometer tal monumental error psicológico? ¿Cómo ignoraban que la reacción del amor propio español, herido en su punto más sensible, que es el de la soberanía e independencia, iba a ser instantánea y unánime? Al regresar a París me puse en contacto con algunos personajes susceptibles de influir en la evolución de las relaciones francoespañolas. Los hallé cerrados, embargados por un sentimiento de hostilidad, que solamente disimulaba esa cortesía que suelen observar en todo momento los franceses. El ente español es para ellos un ser ignoto, como puede serlo el habitante del planeta Marte. Operaban con datos falsos; daban por buenos los datos que el Partido Comunista recibía de Moscú. Y el Gobierno francés, expresión teóricamente fiel del pueblo que le eligió, aceptaba dócilmente el papel de ejecutante de una política puramente soviética, para la cual le designaba su posición geográfica. Y la respuesta española fué, naturalmente, inmediata y unánime. La amenaza de una presión exterior borró matices, enmudeció polémicas y ya no se oyó más que la voz augusta de la patria.

La pérdida más sensible para Francia como consecuencia de este acto de hostilidad no son los cien mil millones de francos. No son, tampoco, las posiciones que otras naciones puedan ocupar en nuestro comercio exterior, aprovechándose de su defección. Al fin de la guerra hubo muchos europeos, y entre ellos muchos españoles, que incluyeron a Francia entre las naciones de las cuales podía esperarse una fórmula sedante para la Europa dolorida. Es la pérdida de esta esperanza, cuando obstinadamente comenzó a arañar en una herida recién restañada, la más importante de todas. La que más esfuerzos y buena voluntad le exigirá si algún día quiere resarcirse totalmente. — Luis G. DE LINARES.

EN JERUSALÉN

Pueblo para una patria hipotética

(Crónica, por correo aéreo, de nuestro corresponsal.) — Aconteció en los tiempos de la primera dispersión de Israel que Ciro, el poderoso rey de Persia, permitiera que cincuenta mil judíos volviesen a Jerusalén a reedificar el Templo de Jehová. Años más tarde, Nehemías, copero del Rey, fué autorizado a reconstruir las murallas de la Ciudad Santa, por dar asiento definitivo a los inmigrantes. Pero el propio gobernador por los persas, y sus feudatarios los jefes de los árabes y transjordanos, descontentos de la declaración del Sha, quisieron perder a los intrusos; y hostilizaban a los que, con la muralla, intentaban levantar un Hogar judío. «Entonces oramos a nuestro Dios — dice Nehemías, en su libro, — y por causa de ellos pusimos guarda contra ellos de día y de noche... Los que edificaban en el muro, y los que llevaban cargas y los que cargaban, con la una mano trabajaban en la obra y en la otra tenían la espada.»

Veinticinco siglos más tarde, al cabo de la segunda y definitiva dispersión de Israel, las cosas habían de repetirse punto por punto. Esta vez el credo era económico y las murallas, en vez de ceñir a la Ciudad de Dios, surgían para proteger las colonias agrícolas del nuevo asentamiento judío. La enemiga del gobernador y de las tropas de la nueva Persia podían manifestarse alternativamente y bajo otras formas. Mas los árabes del Gran Mufti se conducían exactamente como los de su remoto antepasado Dyesém. Que así nacían y con ese sobresalto habían de prosperar las cincuenta poblaciones y los dos centenares largos de colonias agrícolas que hoy cubren casi la mitad de la costa palestina, la dilatada llanura de Esdralón, las riberas del Tiberíades, una parte del Jordán y las extremidades del Mar Muerto.

Se llegaba de noche a la tierra comprada a los árabes. Y mientras se descargaban los aperos y alzaban las tiendas, otros circundaban la colonia con alambradas y trincheras, montaban la guardia, y en el centro del campo erigían una torre para el reflector, que iluminara por donde viniesen los ataques. Con el día se edificaba el establo y la guardería infantil, roturaban el erial, y por último ponían mano al refectorio y a los dormitorios en común. Y las noches se pasaban con el arma al pie: era el momento de las emboscadas.

Por esas pruebas han pasado las poblaciones de la zona de los naranjales, las villas de los labradores que emplean mano de obra forastera, los pueblos de pequeños propietarios, las colonias y aldeas de campesinos unidos en cooperativa y las haciendas colectivistas o «kibutsim», que sucesivamente se han ido creando en la Tierra de Israel. Pronto, la atalaya dejaba paso a la torre de aguas, y a la empalizada y las trincheras sucedía el seto vegetal: verdaderas murallas de cipreses que hoy encuadran las heredades judías, al tiempo que las árabes suelen rodearse de chumberas. Conforme prosperaban esos centros y disminuía el peligro, el espíritu de defensa cedía también. Sobre todo, cuando la tregua observada durante la reciente guerra y la prosperidad, inherente a la disminución de las importaciones y al alza de los productos agrícolas, parecían asegurar el asentamiento judío en la Tierra del Señor.

Mas no faltó una fracción que no se aviniera a campios en tanto el asentamiento no fuese económicamente estable y capaz de garantizar no sólo la erección sino también la perdurabilidad de una Patria judía. Es el esfuerzo encarnado en los «kibutsim» o colonias colectivistas, curioso experimento de comunidad que ofrece muchos puntos de contacto con nuestras Ordenes monásticas, siquiera en lo social. Al trabajo están obligados todos los miembros aptos del «kibuts», cada cual según su capacidad, y han de contribuir por igual a las faenas agrícolas y a la administración y servicios de la comunidad. Todos comen a una mesa, visten por un igual y gozan de las mismas ventajas, independientemente de la clase de trabajo que desempeñen y del rendimiento en el mismo.

Los productos de la hacienda pasan a una cooperativa, cuyos empleados proceden de los diversos «kibutsim», que se encarga de su venta y exportación. Las ganancias de cada «kibuts» constituyen un fondo controlado por los miembros de la colonia, con el cual se libera el capital inicial, se cubren los gastos de explotación y las necesidades de los colonos y sus familias, se mejora el tenor de vida de la comunidad y se contribuye al establecimiento de nuevas colonias.

Como sucede en las familias, hay «kibutsim» pobres y «kibutsim» ricos, los hay bien y mal administrados. Los unos tienen piscinas, teatro, biblioteca y escuelas especializadas; los otros andan empeñados, y un mal día se disuelven, pese a que los organismos judíos tienen empeño en que no fracase el experimento. Primero, porque constituyen la mejor arma de propaganda política, sea ante las Potencias, sea también para atraer a los judíos del extranjero; y se calcula que hasta la tercera generación no darán sus verdaderos frutos. Y en segundo lugar, porque son el plantel donde se forman las nuevas promociones. Los muchachos de la ciudad han de pasar un año en un «kibuts», o por lo menos sus vacaciones. Con ello se acostumbran al trabajo manual, con ello se fomenta el mínimo de cohesión para establecer una nacionalidad entre gentes tan diversas.

Pero el experimento, con ser interesante, dista mucho de haber dado sus frutos. El boicot declarado por los países árabes a toda mercancía judía ha dado el primer golpe a la economía de las colonias. La presión de los judíos desplazados en los campos de Europa y la disputa entre las potencias sobre el porvenir de Palestina han puesto el resto. Y así asistimos a los esfuerzos denodados de un pueblo que ignora si con ello está trabajando para un nuevo ghetto o para labrarse una Patria. — Juan Ramón MASOLIVER.

Agosto de 1947.

PIRINEO ARAGONÉS
VALLE DE ARÁN
Excursión en autocar del 1 al 7 de septiembre.
Plazas limitadas.
INSCRIBASE EN
VIAJES MELIA
Rambla de Cataluña, 33. Teléf. 16338

Herniados
Recuerden siempre que los modernos aparatos TORRENT sin tirantes, bultos ni molestias son la máxima perfección de todo lo conocido, construídos bajo prescripción facultativa.
Casa Torrent, Unión, 13, Barcelona
El crédito y antigüedad de esta Casa son su mejor garantía. C. C. S. 3303
No confundirse: 13, UNIÓN, 13